

Norte y Centro de Portugal. No tiran con la testuz como en Castilla, sino con el cuello y la cruz de las espaldas, sobre las cuales se inclina el yugo, una pieza cuadrangular, de madera de alcornoque, llena de dibujos y tallados decorativos, en cuyo centro se destacan a menudo las armas de Portugal pasando sobre los bueyes.

Tales yugos son una de las cosas más curiosas que hay que ver por aquí. Varían sus motivos ornamentales, de trazado geométrico casi siempre, y en los que el señor Joaquín de Vasconcellos quiere ver un reflejo de la decoración romántica de las portadas de los templos. En Oporto ví el otro día que ha empezado a formarse una colección de estos yugos, lo cual es muy plausible, pero tiene a la larga un peligro, y es que, empezando a coleccionarse yugos en un museo, se acabe por construir nuevos modelos de ellos con destino a él.

¿No se hace acaso, con ocasión de un centenario, sellos para los coleccionistas? En cuanto el hombre da en coleccionar algo, ya este algo tiende a hacerse artificial y destinado a colecciones, sin que falte quien suponga si habrá un oculto dios marino entretenido en fraguar nuevos tipos de diatomeas para los que las coleccionan, o un dios Silvano fabricando nuevos insectos para los estomólogos. ¿No se hacen acaso tipos de perros para los *aperrados*?

Y, entre tanto, los bueyecitos rubios, cabizbajos al peso de ornamentados yugos, soportando las armas de Portugal, siguen playa arriba, trillando la arena y tirando de las cuerdas de la red.

Cuando ésta aparece ya a la vista, aflorando las cercanas olas sus flotadores, empieza un vocerío rítmico y se van reuniendo hombres y mujeres. El vocerío éste tiene, como el que levantan al botar al mar las barcas, algo de rítmico, en efecto. Oyéndolo, y oyendo sobre todo el canto con que acompañan el remo, he llegado a sospechar si el *fado*, ese melancólico y quejumbroso canto portugués, que pa-

rece pedido de limosna al Todopoderoso, nació al compás del golpe del remo sobre las olas del *saudoso* mar.

Por fin aparece la red sobre la arena, arremolínanse en su torno, y al abrirla chispea al sol la plateada masa, palpitante más que de vida, de agonía.

Y es un espectáculo trágico el de aquel montón de vidas expirantes que se agitan al sol, junto a las olas de que salieron, al rumor del *fado* eterno del mar. Traen sustento de vida a los hombres, y una vez más se nos aparece como un vasto cementerio ese océano donde acaso se inició la vida y en cuyo seno palpita poderosa. ¿Pero es que estas arenas mismas, lecho de muerte, no son en su mayor parte, acaso, restos de caparazones de seres en un tiempo vivos?

La arena misma, ¿no es un vasto cementerio? ¿No lo es el mar?

Y como hombre que lee, lleva, quieras que no, un pedante dentro, recordaba yo las teorías de Quintón sobre la cuna de la vida y cómo del mar salimos ¿Volveremos al mar?

Métense hombres en la masa palpitante, hundiendo en ella sus bronceados pies, y a paladas, separando acá y allá algún pescado, van llenando los *rapicheles* o *redaños*, especie de cesto de red en que dos hombres para cada uno llevan la cosecha a tenderla en la arena, donde se hace el cernimiento por mujeres.

No puede ser mayor la analogía con una labor agrícola. Los bueyes sacaron del mar la mies del pescado, apareció en la arena como en la era la parva, y ahora viene el aventarla.

Sentadas en la arena van las mujeres haciendo el apartado. Lo más de lo que sacan es *espadilla* mezclada de cangrejos, y no vale más que para abono de las tierras; de veinticinco a treinta mil reis la redada, es decir, de 130 a 160 pesetas.

Si es sardina, llega a valer hasta 300.000 reis, esto es, unas 1.600 ptas.

Y como cosa extraordinaria, de esas que se recuerdan diciéndose, «en tal día de tal año...» se habla de alguna redada que valió un *conto*, mil duros.